

EL PENSIL DE IBERIA.

REVISTA UNIVERSAL CONTEMPORANEA.

COLABORADORES.

Sra. D.ª Margarita P. de Celis.	Sr. D. Antonio Negrete.	Sr. D. Joaquin Martinez.	Sr. D. Romualdo Lafuente.
„ Maria J. Zapata.	„ Domingo de la Vega.	„ José Bartorelo.	„ Roque Barcia.
„ Rosa Marina.	„ Federico Ferredon.	„ José Francisco Vich.	„ Sixto Cámara.
Sr. D. Antonio I. Cervera.	„ Federico Beltran.	„ José M. Fuentes.	„ Domingo de la Vega.
„ Andrés Gaviria.	„ Fernando Garrido.	„ Manuel Jimenez.	„ Francisco de S. Brandan.
„ Antonio Quiles.	„ Francisco de P. Puente.	„ Narciso Monturiol.	„ Joaquin Maria da Silva.
	„ Joaquin Fiol.	„ Roberto Robert.	

CONDICIONES MATERIALES DE LA PUBLICACION.—EL PENSIL DE IBERIA se reparte los dias 10, 20 y 30 de cada mes, y consta de cuatro pliegos de esmerada impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION, PAGADA ADELANTADA.—En Cádiz: Un mes, 3 rs.—Tres, 8.—Seis, 15.—Un año, 28.—En provincias: Un mes, 4 rs.—Tres, 10.—Seis, 19.—Un año, 35.—En Ultramar y el estran-

gero: Tres meses, 19 rs.—Seis, 55.—Un año, 100.

Se suscribe en Cádiz, en la Administracion, calle del Sacramento, núm. 33, (á donde se dirigirán toda clase de reclamaciones): en la Libreria de la Revista Médica; en la encuadernacion de Fábregas, calle de la Verónica; y en el despacho del Guia del Comercio, Ancha, 1.—En provincias, en las principales librerías.

SUMARIO.—Advertencias.—Los Dramas invisibles de la culta sociedad.—El Proletario.—Jorge Sand.—Cuatro meses en Paris.—Correspondencia del «Pensil.»—Puntos de suscripcion.

ADVERTENCIAS.

PRIMERA.

Habiéndose recogido de órden de la autoridad los números del PENSIL, hemos tenido que componer y tirar de nuevo el número 7, por cuya razon lo recibirán con algun atraso los señores suscritores.

Esperamos se nos dispensará esta falta, que no ha estado nuestras manos el evitar.

SEGUNDA.

Con este número recibirán el pliego 12 del LOCO DEL PALACIO REAL, los antiguos suscritores que recibieron el año último del 1 al 11 inclusive.

Los que tengan necesidad de reclamar algunos de los primeros pliegos, deben apresurarse á hacerlo antes de que se concluya la nueva tirada que se hace para los nuevos suscritores.

Con el próximo número recibirán el fin de la HISTORIA DE LOS MONTAÑESES.

Recomendamos á los Sres. suscritores, que estén atrasados en el abono de su suscripcion, lo verifiquen remitiendo el importe á esta Administracion, calle del Sacramento núm. 83.

LOS DRAMAS INVISIBLES

DE LA CULTA SOCIEDAD.

Antonio Picolin vivia no hace muchos años en el quinto piso de una casa nueva de la calle de Alcalá, en la capital de las Españas.

Nuestro héroe era un jóven como hasta de veinte y cinco años, de redonda y colorada fisonomia, que respiraba felicidad y contento, aunque poco simpático cuando se le observaba con atencion, porque su frente era muy pequeña y sus cabellos tantos y tan espesos, que no los podia llevar mas que cortados cuasi por la raiz, contribuyendo no poco á darle un aspecto de sórdida avaricia y de envidia, que revelaba mas obstinacion que inteligencia. Antonio Picolin era escribiente en el ministerio de Hacienda con un sueldo de seis mil rs. Se arreglaba con ellos lo mejor que podia, pero no estaba contento, sin embargo; cosa rara en un jóven que no gastaba mas que su sueldo: siguiendo máximas contrarias á las del ministerio á que pertenecía, ni tenia deuda con interés pagadera á cada seis meses, ni deuda sin interés, ni deuda flotante, condenada á flotar eternamente sobre las costillas de los acreedores. Tenia seis mil reales, y procuraba no gastar mas que cinco mil quinientos, reservando como fondo permanente de su tesoro, para atender á las necesidades imprevistas, el resto de su sueldo. Gracias á su mucha sobriedad, ahorraba en la comida para vestir bien, y gracias á la mucha circunspeccion y mesura de sus movimientos, mantenía sus vestidos con buena apariencia, cuando en poder de un hombre mas gesticulador no hubieran durado la mitad del tiempo; pero cuando Picolin se encerraba en su habitacion, y colgando con gran cuidado pieza á pieza su equipage, se quedaba en paños menores, se desquitaba con usura, gesticulando á mas y mejor, manoteando y dando zancadas como un energúmeno.

Llevar en su alma el germen de los mas grandes pensamientos y no tener para realizarlos mas que seis mil reales!

El germen de todos los grandes pensamientos no era otra cosa para nuestro amigo Picolin, que el deseo de saborear todos los goces y deleites que ofrece á los ricos la sociedad. Para él, deseo equivalía á idea, confusion en que incurren muchos Picolines, que yo conozeo.

¡Ah! exclamaba el escribiente; ser pobre y vivir cara á cara de un marqués de Paja-hueca! Hombre feliz, á quien el mundo adula porque es rico: y diciendo esto Picolin, corria por su cuarto y pateaba con furia. Si ya que no soy marqués como mi vecino del cuarto principal, tuviera al menos la fortuna de mi vecino del segundo piso, cuán diferente uso haria de mi dinero: en lugar de vivir como ese diablo de pintor metido en casa, yo brillaria en la sociedad. El, además de la fortuna, tiene la consideracion, tiene la gloria; él es feliz, y yo..... yo soy un escribiente.

En su afliccion no solo envidiaba nuestro héroe á los marqueses y los grandes artistas; deseaba la suerte del confitero y del sombrerero, que tenian sus tiendas en el piso bajo de la casa. Cuanto le rodeaba servia de aguijon á su codicia escitando sus deseos. El lujo de los lacayos, la música voluptuosa de los conciertos, las bellas damas que se asomaban á los balcones, y el sonido de las fiestas y los bucólicos aromas que exalaban las cocinas, todo cuanto veia en la casa, de cuyo último piso era vecino, lo rodeaba de una atmósfera ardiente de deseos que no podia satisfacer, y que concluian por ponerlo tan fuera de sí, que se daba de calabazadas por las paredes.

Una noche, en que la exasperacion de Picolin llegó á su colmo, oyó llamar á su puerta que se abrió, dando paso á un viejo calvo y encorvado, envuelto en una bata de indiana antigua. Tenia el viejo una fisonomía bondadosa, una mirada viva y penetrante, y una finura en sus modales que contrastaba con lo ridículo del traje.

—Vecino, dijo á Picolin con voz dulce y tranquila; cada uno es dueño de su casa, y aunque no estoy por las instituciones inglesas, soy partidario de la inviolabilidad del domicilio; sin embargo, esta, como todas las libertades, tiene su limite en el respeto á la libertad de los otros. V. tiene la libertad de gritar y patear en su casa, pero no tanto y tan fuerte que sus gritos y sus patadas sirvan de obstáculo á mi libertad de dormir. Si la libertad de V. destruye la mia, no debe llamarse libertad sino licencia, puesto que si para V. es libertad, es opresion para mí; lo cual, como V. sabe, es un atentado contra los principios políticos del siglo en que vivimos.

Oyendo este sermón estuvo Picolin á punto de enfadarse, pero no le dió tiempo su vecino, que continuó diciendo:

—Por lo demás, no piense V. que es por mí por lo que vengo á molestarlo: yo, vivo de cualquier manera, lo mismo con silencio que con ruido; pero no debe suceder lo mismo á Juana, nuestra vecinita la costurera, que ha entrado hace poco pálida y con los ojos encendidos por la fatiga y el trabajo. La pobre se ha acostado, esperando descansar, segun me ha dicho, y por eso me he tomado la libertad de entrar, para pedirlos que estudiéis con menos ruido vuestros papeles.

—¿Qué papeles? exclamó el escribiente, ¿por donde

se ha figurado V. que yo soy cómico?

—Como habla V. solo en voz alta.... ya, entonces será V. abogado.

—Tampoco soy abogado.

—Si V. no fuera tan jóven, supondria que era un diputado que ensayaba ante el espejo sus arengas parlamentarias. Como no sea V. loco, yo no sé entonces por qué habla V. solo de esa manera.

Despues de una breve pausa, dijo Antolin:

—Vecino, si hablo solo, es porque no soy ninguna de esas cosas; porque soy pobre, y me aburro encerrado en casa sin saber qué hacer. Todos gozan, todos son felices, y yo ni aun quejarme de mi desgracia puedo entre cuatro paredes sin que vengan á estorbarlo.

El vecino miró á Picolin con mucho interés; sentóse, y con esa suave autoridad propia de la vejez y de la benevolencia, dijo á Picolin:

—V. es pobre, y por consecuencia desgraciado; pero yo soy feliz, y voy á darle un poco de la felicidad que le falta.

—¿V.? ¿y qué felicidad podrá V. darme?

—Poca cosa, amigo mio; en lugar de darle, lo que quiero es que salga la envidia de su corazon: ella es quien le impide ser feliz ahogando en germen las alegrías propias de la juventud.

—¿Yo envidioso? dijo Picolin poniéndose encarnado como una manzana.

—Veamos, V. es casado?

—No.

—Pero tendrá siquiera una querida ó una novia.

—Tampoco.

—Tendrá padres, familia....

—Soy huérfano.

—Tendrá deudas.

—Estoy en paz con todo el mundo.

—Como no tiene V. mujer, no tiene hijos; como no tiene querida, no tiene rivales; como no tiene familia, no tiene obligaciones; como no tiene deudas, no lo persigue la justicia; de modo que está libre de todas las plagas que afligen á la humanidad: sin embargo, es desgraciado; pero no procediendo su desgracia de causas exteriores é independientes de su ser, su infortunio nace de una causa interior, sino inherente á su naturaleza, desarrollada al menos en ella, y esta causa es la envidia.

—Supongamos que tenga V. razon, dijo el escribiente, ¿no es natural que teniendo en el alma el deseo de la felicidad, envidie á los que son felices, sin que tengan mas razon para serlo que tiene mi pobreza?

—¿Y quién le dice que las personas á quienes envidia sean tan felices como parecen serlo? ¿Cree V. por ventura que la felicidad es posible en la sociedad embrional en que vivimos? Porque los ricos ocultan su desgracia bajo sus oropeles, piensa V. que sufren menos que los pobres?

—Esos son lugares comunes y nada mas, querido vecino. En boca de un pobre esas palabras no revelan mas que ignorancia, en boca de un rico son un insulto atroz.

El viejo vecino del escribiente guardó silencio un breve rato, y por fin, como saliendo de una profunda meditacion, dijo al jóven ambicioso:

—Veamos, dígame V. con franqueza, ¿quién de nuestros vecinos le parece mas feliz; de quién de ellos querria ocupar la posicion?

—La de cualquiera, dijo Picolin, es mejor que la mia; pero como nada cuesta desear la mejor, ¿no cree V. que tendria yo algo que ganar cambiando misuerte por la del marqués de Paja-hueca, que vive en el cuarto principal.

—¿De ve. as?

—Quien lo duda. La semana pasada dieron un baile tan lujoso y brillante, que no me dejaron dormir en toda la noche. Magníficos carruages llenaban la calle: los nombres mas respetables de la nacion fueron anunciados con voz estentórea á la puerta de sus salones. Los convidados llegaban en tropel deseando gozar, y los que se iban parecia que dejaban con sentimiento tan soberbia reunion. Los que subian y bajaban repetian sin cesar; qué feliz es el marqués, qué amable es la marquesa, qué linda la hija!

Otros decian:

—La hija del marqués se casa con el conde de Vaya y Venga! Buen matrimonio! Por ambas partes hay juventud, belleza, fortuna, y consideracion social. Son felices y lo merecen bien.

—Con que ha oido V. todo eso en la escalera, eh!

—Si señor.

—Pues si hubiera V. entrado en el salon, todavia le hubiera parecido mayor su felicidad. Allí todo era alegria, satisfaccion y felicitaciones. A media noche, los salones del marqués ofrecian á la consideracion del observador atento, un cuadro verdaderamente interesante que se prolongó hasta cerca de las tres de la mañana; pero al asomar el dia, cayó el telon, concluyó la comedia, y empezó el drama.

—El drama! dijo el escribiente; ¿estará acaso comprometida la fortuna del marqués, y habrá querido ocultarlo dando un baile como acostumbran á hacer los especuladores en casos semejantes?

—No.

—¿Acaso no es su muger lo que debe ser?..

—Es la mejor de las mugeres, la muger del marqués.

—Su hija....

—Es un ángel.

—¿Dónde está pues el drama?

—En una buena accion olvidada hace quince años, y que despues del baile ha venido á recordársela un hombre de figura pálida y biliosa, que se ha deslizado entre los convidados.

—No comprendo á V., vecino.

—Pues ponga V. atencion. Un hombre, cubierto con una librea sucia y vieja, ha estado toda la noche sentado en la antesala entre los lacayos; con la confusion nadie ha reparado en él; pero á medida que amos y criados se han ido marchando, ha quedado mas al descubierto aquella facha estraña, aquel figuron, que parecia un remiendo en tan bello cuadro. Todas las miradas lacayunas, nada benévolas por cierto, se han fijado en él; pero nuestro hombre no hacia caso, y seguia insolentemente repantigado en los divanes del Sr. marqués, con mas desenfado que pudiera en una taberna. Marchó el último convidado, y el misterioso y sucio lacayo siguió impertérrito en su puesto, hasta que los de la casa le digeron: qué espera V?

—Espero á mi amo, don Juan Lucas.

—Aquí no está, le respondieron.

—Sí está, y sino lo conoceis, preguntarlo á vuestro amo, que él lo encontrará.

Los criados se incomodaron, y él alzó de tal manera la voz, que el señor marqués de Paja-hueca apareció en la puerta de la entresala, preguntando cual era la causa de tanto ruido.

F. G.

(Se continuará.)

EL PROLETARIO.

¿No veis á un hombre de raído trage,
Jóven aun, mas de surcada frente,
Cruzar los campos, sin ningun bagage
Llevar ansioso, y con la faz riente,
De su trabajo el gage,
Y en su callosa mano,
El signo del labriego ó Artesano?

Ya se acerca á una casa derruida
Donde busca descanso á su desvelo;
Allí tiene su amor, allí su vida,
Allí en el globo terrenal, su cielo.
Morada apetecida,
Do emplea su salario
Y encuentra su solaz el proletario.

Le rodean sus hijos y su esposa,
Y le admiran cual Ángel descendido
Del trono de Jehová; cual luz preciosa,
Que destierra la sombra en el olvido.
Familia candorosa
A quien amó ferviente,
Y así le dice á su adorada gente:

•Venid mis hijos, y en estrechos lazos
Unios á mi seno palpitante;
¿Cuánto placer en vuestros tiernos brazos
Encuentra el corazon de un padre amante!
Dulcísimos abrazos
Que valen mas que el oro!
Objetos de mi amor, sois mi tesoro!

Y tú, mi buena esposa tan querida,
Bella mitad del alma que enamoras,
¿Por qué tan retraida,
Y juzgo acaso que al mirarme lloras?
¿Qué mano fementida
La desgracia sembrando en mis umbrales,
Desterrando la paz, atrajo males?

¿Quién causa tu pesar y descontento?
¿Y estos preciosos é inocentes niños,
Ecsalan con dolor un triste acento!
Fieles á mis cariños,
Libidos del tormento

Que destierra el placer y la alegría,
En el hogar de la esperanza mia!

Crucé las selvas y gané el atajo;
Por veros anhelé: la luz primera
Del matinal crepúsculo, el trabajo
De mi brazo alumbró: mi fé sincera
A vosotros me atrajo....
Mas ay! corto estipendio
Os traigo, y de mi sangre es el dispendio.

Si, tiernísima esposa, bellos hijos,
Puro mi amor os di, mas desgraciados
Tambien os hice: y con intentos fijos
Y jamás por la suerte perturbados,
De educaros prolijos,
Dando á mi pátria séres
que cumplan *en justicia* sus deberes.

Mi pátria! ¿Estenuados y en miseria
Defenderla podreis de la asechanza
Del tirano invasor, si la materia
Inerte se derrumba en la balanza?
Hijos somos de Iberia,
Mi sangre he derramado,
Y vivo en sus escombros sepultado!

Yo anhelé sus progresos, yo sediento,
Olvidando de Dios la ley divina,
Me lancé como el lobo que está hambriento,
Y con su ahullido el campo predomina.
Yo llegué sin aliento,
Y en la cruel batalla
En rayos del fusil la boca estalla.

Y el ardid de vencer le puse en juego,
Y avancé por los puestos enemigos,
Pasé sus baterias torpe y ciego,
A mis gefes salvé y á mis amigos.
Entre el horror y el fuego
Libertad fué mi grito....
Mas.... esclavo quedé cual vil precito!

Este fué mi destino por el hombre;
Tristura y soledad! Hé aquí mi suerte!
A elevar ayudé mas de un renombre
Esponiendo mi vida hácia la muerte....
¿Quereis saber mi nombre?
Mas brilla el del malvado:
Conservo el que da Dios al hombre honrado.

Profano en ciencias, sin recurso cierto,
Perdiendo el fruto de mi edad primera,
Al mundo le creí vasto desierto,
Mi ilusion juvenil vana quimera,
Busqué anhelante un puerto
Do salvar mi ecsistencia,
Mas, uno, me indicó la Providencia.

El trabajo: mi brazo se esforzaba
Abriendo el seno de la madre tierra,
Que el hombre en su estupor abandonaba

Para acudir á la infecunda guerra.
Su aridez cultivaba,
Pues sembrados de abrojos
Hallé sus campos, y de sangre rojos.

O bien con otros de mi clase unidos
Al orgullo le alzábamos palacios
Sobre vastas ruinas contruidos:
Y del trabajo nuestros miembros lacios,
Rotos nuestros vestidos,
Y en medio sus carrozas,
Buscábamos asilo en pobres chozas.

Yo sin fortuna, mísero artesano,
Latió en mi pecho un corazon ardiente,
Y le entregué al amor cual soberano.
El Sol tostaba mi abatida frente,
Cuando pedí tu mano,
Querida esposa mia,
Y feliz me creyera tan gran dia!

¿Mas qué ofrecer en cambio á la fé pura
De mi leal y dulce compañera,
Y á estos pequeños tipos de hermosura,
Frutos de amor en su ilusion primera?
Padre la suerte dura,
Me hiciera, si imagino
Que os consagro un jornal harto mezquino.

¿Y al rico veré yo y al propietario,
Y á los grandes y espléndidos señores,
Al hijo despreciar del proletario,
A quien debe el caudal y los honores,
Porque el destino vario
no prestó su fortuna,
A quien no mancilló su pobre cuna?

Yo educaros quisiera, prendas mias,
En el divino amor que me enagena,
Quisiera eu los concentos de armonías,
Romper la degradante y vil cadena
Que apresura mis dias,
Y en dicha tan colmada,
Enseñaros de *Amor la ley* sagrada.

Dios justo, que las almas igualais
De la justicia en los preceptos fijos,
Y á todos por sus obras los juzgais;
De mi esposa euidad y de mis hijos:
Si vuestra luz me dais
Reflector seré ardiente
Que la transmita hasta la estraña gente.

Estrañas, no, jamás! Aunque otra zona
Los divida en los puntos mas lejanos:
Que el padre universal su amor abona,
Y pues sus hijos son, son mis hermanos.
Su celestial corona,
Con sus luces regenta
Inmensos Orbes, que en su amor sustenta.

Y una ley por su mano se halla escrita,

Olvidada por grandes y pequeños,
Y torpe el mundo comprenderla evita;
Sin ver son densas sombras los ensueños
De la region finita.

Que hay solo un Rey en todo el Emisferio,
Y Amor y Caridad rigen su Imperio.

Ved aquí el hombre que hácia el bien camina,
De faz tostada, y de parduzco trage,
El que la sociedad aun no imagina
Que existe, y sufre su violento ultrage.

Su raza se estermína;
Pues con desden mirado, y con desprecio,
Al pobre juzgan como torpe y necio.

Mas el dia es llegado, no haya duda,
En que brillen del Sol nuevos albores,
Y llegue el de Dios digno: pronto acuda,
Y sendas siembre de fragantes flores;

La inercia vil sacuda,
Que si el mal por el hombre es adquirido,
El hombre busque el Reino prometido.

MARIA JOSEFA ZAPATA.

JORGE SAND.

(CONCLUSION.)

Escribiendo este libro ha dicho un crítico de la *Revista de los Dos Mundos*, á la vez apologista y detractor de la célebre novelista; la señora Sand atraviesa una época, una crisis, que debe ser decisiva para su talento. *Lelia* era como una protesta apasionada, contra la torpeza moral, que segun el autor, embotaba á la vez el cuerpo social y el corazon de cada uno.

La señora Sand, desde *Indiana* habia vivido mucho, habia sufrido y aumentado sus sufrimientos, y todas las penalidades de su posicion escepcional, y bajo la inspiracion de una amargura, mezclada de profundo desengaño, creó el personaje de *Lelia*.

Desde Pascal, Diderot y Juan Jacobo, no se habia oido en Francia un lenguaje tan pomposo, tan magnifico. Semejante esta creacion á las poemas del Lord Byron, todo es en ella bello, magestuoso, variado. *Lelia*, *Temmor*, *Stenio*, *Pulcheria*, son cuatro tipos, que representan no ideas, sino estados del alma.

Ese gran grito del sufrimiento acacaba de resonar en toda la Europa artística, cuando apareció *Jacobo*, su cuarta novela, que fué severamente criticada, y señalada como la mas inmoral de las obras de la señora Sand: se escribió en los diarios y las revistas que era la negacion del amor en el casamiento, y la autora se encontró de repente hecha el blanco de la mordacidad del eclecticismo filosófico y neo-católico. Las injurias de unos, los sarcasmos de los otros, no hicieron otra cosa que acrecentar la fama de la señora Sand, que obtuvo un triunfo, muy raro de obtener; el que se leyerá con interés un romance epistolar.

El fecundo escritor colaboraba desde 1833 en la *Revista de los dos Mundos*, que le debió durante mas de diez años sus principales buenos éxitos. Publicó sucesivamente *Metella*, *Leon*, *Leonia* y *Andrea* en 1835, deliciosa obrita, hermana melliza de *Pablo* y *Virginia*. En *Leon* y *Leonia* los caracteres masculinos aparecen enteramente degradados, y ciertos personajes que pretenden tener las llaves de muchos enigmas literarios, aseguran que el retrato del principal personaje de esta novela fué calcado sobre el de un poeta jóven entonces, lleno de elocuencia y porvenir, y en el dia uno de los crarenta de la Academia francesa. En cuanto á nosotros, que no tenemos tan penetrante mirada, no podemos ver en *Leon* y *Leonia* mas que un mezquino impulso de orgullo femenino, una mezquina venganza pintada á grandes rasgos de pluma contra la influencia varonil.

Después de *Andrea* vinieron *Simon*, los *Maestros Mosaistas*, la *Ultima Aldrini*, *Mauprat*, las *Cartas de un viajero*, etc.; estas numerosas producciones no añadieron nada á la gloria literaria del autor, pero la consolidaron.

En 1837, la señora Sand, hasta entonces transportada por el torrente de su fogosa y fecunda imaginacion, descendió algunos instantes del trípode sagrado en que estaba sentada como las sibilas de los antiguos tiempos: ella pensó en fin, y se separó judicialmente de su marido. La separacion pronunciada por el tribunal de la Chatre de 1837, fué combatida en apelacion ante la corte real de Burges. M. Michel, encargado de la defensa de la señora Sand, la hizo con extraordinario talento, pero la causa no quedó por eso menos indecisa; pero el Sr. Dudevant desistió de la apelacion. La señora Sand entró entonces en entera y libre posesion de su fortuna; partió para Suiza, visitó á Florencia, Venecia y muchas otras grandes ciudades de la Italia.

A su vuelta publicó *Spiridion*, libro admirable, compuesto bajo las frescas y verdes sombras de las Baleares; el *Uscoque*, historia de piratas, narrada con un verbo que seduce.

En esta época contraen amistad dos grandes almas, cada una de las cuales, aunque en esferas diferentes, poseian igual talento, franqueza igual. Laménais acababa de tomar la direccion del Diario el *Mundo*. La autora de *Indiana* y *Valentina*, atraída por un impulso irresistible hácia el inmortal autor de las *Palabras de un Creyente*, colabora en su diario y publica en él sus *Cinco cartas á Murcie*, llenas de cristiana resignacion, mas bien diremos de un ascetismo que habia sacado de las puras fuentes del catolicismo ó cristianismo progresivo.

Estas sucesivas transformaciones de la señora Sand indicaban en el ilustre escritor una tendencia mas y mas pronunciada hácia las teorías sociales, que empezaban á abrirse paso en la tribuna y en la literatura. Observábase muy á menudo en ella bruscos accesos de independencia.

«Oh verde Bohemia, esclama en una de sus mas bellas novelas, patria fantástica de las almas sin ambicion y sin trabas, voy pues á volverte á ver! He andado errante á menudo en las montañas, he voltejeado sobre la cima de los abetos; me acuerdo muy bien, aunque no hubiese todavia nacido entre los hombres, y mi desgracia ha ve-



nido de no haber podido olvidarte, viviendo aquí.

Surgeiéndose así en los misterios del pasado, buscaba en su espíritu los recuerdos de la independencia primitiva, nobles y santas aspiraciones que debían en breve realizarse. Era por tanto colaboradora siempre en la *Revista de los Dos Mundos*, cuyas tendencias políticas no eran un secreto para nadie; después de *Spiridion* publicó en ella *Gabriel* en 1839, *Paulina* en 1840, un *Invierno en el medio día de la Francia*, en 1841, y el *Monny-Robin*.

Su primer ensayo en la carrera dramática no fué muy feliz; *Casima* fracasó en el Teatro Frances, y la obra se retiró de la escena, después de algunas representaciones. En un prefacio publicado á la cabeza de este drama, el autor dijo con gran verdad y sobre todo con profundo conocimiento de los hombres y de las cosas de su tiempo.

«Se me ha disputado con cólera é ironía, el derecho de ensayar un nuevo género: esperaré pacíficamente un auditorio de mas calma y mas indulgente.»

Seguramente habrá en este drama de *Casima* numerosos defectos escénicos; pero, á decir verdad, la cólera de las pandillas políticas contribuyó mucho al mal éxito de la pieza. El autor acababa de pasar con armas y bagages al campo de la Democracia; la ira é indignación de los ecléticos, de los filósofos pensionados y condecorados, de los cortesanos y altos personajes de 1830, se desbordó en diatribas contra él. Mientras que la señora de Sand se había limitado á censurar ciertas instituciones, ciertas ridículas preocupaciones, el egoismo del siglo, se la dejó en paz, sin hacerle la mas leve oposicion: aun se la saludó con el nombre de Profetiza, y los turiferarios ó acólitos de la *Revista de los Dos Mundos*, habían unos tras otros quemado incienso á los pies de la diosa.

Pero esta vez no se trataba de veleidades religiosas como en las cartas de *Murcie*. No era el jóven autor, apasionado y fogoso de *Indiana*, de *Valentina*, de *Jacobo*, de *Lelia*; era Jorge Sand en la madurez del talento y de la idea. Jorge Sand llegó al periodo de tomar un partido, como ha dicho un biógrafo; no se trataba ya de obras de pura poesia, de pura imaginacion, sino de obras radicalmente modificadas, con intenciones, opiniones, doctrinas, en fin. El ilustre escritor, trasmitiéndonos la historia de sus dolores, había podido sondear la profundidad de las llagas sociales; el novelista de las clases aristocráticas, la viznieta del mariscal de Sajonia, acababa de descubrir un nuevo filon en la mina ya tan fecunda de la literatura francesa; queramos hablar de la novela popular. Su primer ensayo en este género, es enteramente nuevo para ella, fué el *Compañero de la vuelta por Francia*; en el prefacio de esta novela, la señora Sand escribió estas líneas:

«Habrá una nueva literatura que crear con las verdaderas costumbres populares: esta literatura comienza en el seno mismo del pueblo: saldrá de aquí brillante antes de poco. Por lo que se refrescará la musa romántica, musa enteramente revolucionaria, y que desde su aparicion en las letras busca su via y su familia.»

El *Compañero de la vuelta por Francia*, además de ser una de las buenas novelas del ilustre escritor, llevaba

ya en germen todos los nobles pensamientos que ha desarrollado después en sus demás obras. Grande fué la alarma en el campo de los ecléticos. Se señala su nueva novela como un *factum* dirigido contra todas las clases de la sociedad en nombre de la última. Estos clamores interesados no podían conmover á la señora Sand ni hacerla vacilar en sus convicciones. Un incidente puramente literario vino en breve á revelarles cuan violentos é injustos eran los rencores de sus antiguos admiradores.

El Sr. conde Teodoro Walsch se había apresurado desde 1837 á indicar las tendencias socialistas y humanitarias del autor de *Indiana*: reconociendo que la señora Sand era, después de Laménais y Chateaubriand, el autor mas grande del siglo; él le había dicho, haciendo una violenta crítica de sus novelas:

«Autor de *Jacobo* y de *Lelia*, quiero poner de manifiesto el escándalo y degradante inmoralidad de vuestras desconsoladoras doctrinas y de vuestras salvages negaciones.»

«Autor del *Dios desconocido*, aspiracion sublime, en que pareceis haber depositado el secreto de vuestro pasado y quizás el de vuestro porvenir, quiero mostráros volviendo á tomar vuestro vuelo hácia esas altas regiones de donde habeis caído, y donde volveréis un día; no se dirá que el génio es semejante á esas antorchas que lanzan á lo lejos esplendorosos rayos, y no dejan en las tinieblas mas que aquellos que están sumidos en ellas.»

La señora Sand, dejó la *Revista de los Dos Mundos* y fundó con los Sres. Pedro Leroux y Viardot una nueva *Revista*, que titularon la *Independiente*: allí publicó desde luego la novela de *Horacio*, rehusada por M. Buloz, y en seguida *Consuelo*, con cuya obra adquirió su mayor celebridad en Europa. Llena de sucesos maravillosos, de apariciones, de fantasmas, fué amargamente criticada, por que se encontraban en ella tendencias mas y mas humanitarias. M. Leminier, que en 1833, había dedicado al autor de *Lelia* los mas flamígeros dythirambos que habían salido de su pluma, tuvo que hacer la crítica de *Consuelo*, por encargo del Director de la *Revista de los Dos Mundos*. Quemó lo que había adorado, condenó lo que había admirado; M. Leminier era ya, como se suele decir, animal de costumbres, y todo el mundo se acuerda de las deplorables escenas que sus palinodias provocaron en el Colegio de Francia. Pretendió que la señora de Sand había querido imitar las novelas inglesas de Ana Radcliffe; no había leído probablemente este pasage de *Consuelo*.

«Si la ingeniosa y fecunda Ana Radcliffe se hubiese encontrado en el lugar del cándido y malhadado narrador de esta historia verídica, no hubiera dejado escapar tan buena ocasion de pasearos, carísimas lectoras, á través de los corredores, escotillones, escaleras en espiral, las tinieblas y los subterráneos durante media docena de atractivos volúmenes, para revelaros solamente, en el séptimo, todos los arcanos de su sábia obra.»

Lo que se censuraba sobre todo en *Consuelo*, lo que cierta clase de gentes hallaba detestable en él, era haber puesto á la cantora en parangon con la Emperatriz Maria de Austria. El trozo histórico intitulado *Juana Ziska, episodio de la guerra de los Hussitas*, es un admirable poema en favor de los oprimidos, y un dythirambo contra los

opresores. En *Consuelo* la señora Sand se había impuesto principalmente la tarea de instruir á las mugeres, y por contra golpe, combatir la ciencia seca, árida, que toca todo de refilon y nada sabe fecundar.

Mugeres, dice ella empezando este libro admirable, cuando me acuerdo que para vosotras escribo, me siento el corazón mas contento.

Hay además en esta novela una tentativa de las mas atrevidas; Jorge Sand pone en escena y hace hablar los hombres mas ilustres, tales como Federico y Voltaire, y debemos decir que el novelista, guiado por las luces de la moderna filosofía, se elevó á una altura, á la que ningún otro acaso hubiera llegado, á escepcion de Laménais y Pedro Lerroux, que habian iniciado al autor de *Lelia* en los principios de su filosofía.

La condesa de Rudotstad, publicada en la *Revista independiente*, despues de *Consuelo*, tenía tambien un objeto filosófico. En esta novela quiso hacer patentes y populares las ideas ya propagadas por los precursores de la Democracia. El nuevo y solemne casamiento de *Consuelo* fué un rompimiento brillante con el viejo mundo y sus principios.

Mientras que la señora Sand choca de frente con el pasado, las semillas, tanto tiempo habia, infecundas del progreso, germinaban sobre el suelo de nuestra Francia, tan profundamente surcada por la revolucion de 1789. En el mes de Febrero de 1848 la dignidad real de Julio cayó como la dignidad de derecho divino.

El autor de *Consuelo* aplaudió mas que ninguno la caída de un sistema inaugurado en 1830. Se asegura que la señora Sand fué llamada para redactar los boletines políticos que el gobierno provisional enviaba á sus principales agentes. Es un crimen, le han dicho, haber prestado su pluma al gobierno republicano, sin tomarse el trabajo de reflexionar en la inconsecuencia de semejante acusacion: el ilustre novelista de las clases populares ¿no debia haber prestado ayuda á los elegidos del pueblo?

Apresurémonos á decir, terminando esta monografía, cuyo cuadro es muy demasiado estrecho para la inmensidad del asunto, que las preocupaciones políticas, nada distrayeron á la sublime vestal para seguir cultivando el arte, ni dejó por ellas apagar su fuego sagrado. Apesar de los amargos recuerdos que habia dejado en su espíritu el mal éxito de *Casima*, trabajó de nuevo para el teatro, y *Francisco el Champi*, representado en el Odeon, tuvo el mas brillante éxito dramático, de que la prensa haya tenido que hacer mencion desde mas de diez años. *Claudia, ó la segadora*, representada en 1851, en la puerta de San Martín, fué tambien muy aplaudida. *Los Misterios de Udolphe*, y últimamente *Fluminio*, vinieron despues á aumentar el número de las producciones dramáticas de la señora Sand. Un diario anunció en 1855 que el ministro de Estado acababa de encargar al autor de *Francisco el Champi*, que hiciera una pieza para que se representara en la comedia francesa durante la esposicion de dicho año.

El Castillo de los Desiertos, publicado en 1851, por la *Revista de los dos Mundos*, parecia indicar que si hubo reconciliacion entre *Lelia* y M. Buloz. Los *Maestros campaneros* han obtenido el año

último gran aceptacion en el *Constitucional*: la Prensa continúa la publicacion de sus *Memorias*, y en el momento que escribimos estas lineas, encontramos todavia á la pequenuela Aurora Dupin, en la edad de siete años, volviendo de España con su madre, y una desagradable compañera, la sarna. Se espera con la mayor impaciencia el momento en que la señora Sand comience á contar las faces dramáticas de su vida, pues hasta este momento su historia, salvos algunos pormenores sobre su familia, no ha presentado grande interés. Pero si ella tiene el valor de decirlo todo, nos legará un monumento literario sobre la historia artística de la primera mitad del siglo XIX. Quién sabe mas que Lelia, Valentina y Consuelo? quiénes mejor que ellas saben narrar?

Nuestros lectores comprenderán que en el reducido cuadro que hemos diseñado, imposible nos es apreciar el talento, el génio de Jorge Sand. Semejante tarea seria por otra parte superior á nuestras fuerzas.

Quisiéramos solamente poder transcribir algunas páginas admirables, páginas que Chateaubriand ha consagrado al autor de *Indiana*, en sus *memorias de Ultratumba*; pero todo el mundo conoce esta oda, ó ritmo peindarico, dirigido al mas poderoso de nuestros prosistas, y aquellos que no la conozcan todavia, se apresurarán á leerla. Quedarán convencidos, que todos los grandes espíritus y los nobles corazones, que se llaman Chateaubriand, Laménais, Victor Hugo, Lamartine ó Jorge Sand, han desertado sucesivamente de los viejos partidos, para proclamar con sus poderosas voces las nuevas verdades, saludando, como los sábios de la antigüedad, la brillante aurora del porvenir. Pues, digan lo que quieran los ecléticos y los egoistas, la humanidad no se detiene jamás; ella obedece instintivamente á la voz de Dios, que le grita como el Judío errante, este mito de nuestras peregrinaciones sobre la tierra:

«Anda, anda todavia y siempre.»

La señora Sand tiene hoy cincuenta y cuatro años: quien sabe las obras maestras que aun podrá producir la profetiza del proletariado. Es el secreto de su génio. Contentémonos pues con haber puesto esta primer piedra: otros continuarán el edificio.

J. B.

CUATRO MESES EN PARIS.

(Continuacion.)

Esto parece exagerado al que no lo presencia; pero sepa el que dude que una de las tareas que mas dan que hacer á la policia de Paris, consiste en especificar los sitios en donde no se pueden fijar anuncios, citando el artículo del reglamento que lo prohibe. Asi sucede, que lo mas comun es encontrarse con letreros que dicen: *défense de afficher*, prohibicion de fijar avisos. De modo que hasta la policia, queriendo evitar los rótulos rotulea tambien.

Y por rotular de todos modos, hay quien se anuncia gratis, gracia estraña en Paris, en donde el centimo esta pegado á toda cosa, asi como el agua del bautismo corre sobre la frente del bautizado.

A orillas del mercado nuevo hemos visto un anuncio en que se dice con letra bastardilla: *curso gratuito de piano, calle de Argel, núm. 3, en frente del jardin de las Tullerías.*

A la pensée. (Al pensamiento.) Esto vi en un almacén del

bulevar Montmartre (ó en sus inmediaciones), y tiré del brazo á mi muger, como tocado de una curiosidad poderosa. ¿Qué pensamiento será este? decía para mí. Llegamos: era una zapateria.

Al bello pensamiento, á la belle pensée. Esto vi escrito en una de las cajas que están espuestas en la esquina de la calle *Les filles St. Thomas*, y me vi asaltado del mismo conato curioso. Me aproximé, vi: era una caja de confites.

Hautes nouveautés, á las novedades. Esto leí en los cristales de un almacén de la calle de Vivienne, y tales títulos no pueden menos de sorprender. Fuimos allá. Lo que nos habia cautivado el ánimo, era una colección de manguitos, camisolines, chambras y cofias.

Pero uno de los anuncios en que mas me he fijado, acaso por su exterioridad relumbrona, por su oratoria esencialmente francesa, es uno que hemos visto en la enrejada que forman la calle Vivienne y las hijas de Sto. Thomas, en uno de los ángulos de la Plaza de la Bolsa. Tengo el anuncio copiado en mi cartera, y casi presumo que al lector no desagradará verlo, aunque no respondiendo de su completa fidelidad. Acaso hay alguna letrero en chimenea, rendija ó resqueio que nosotros no hemos podido divisar. Lo que desde la calle se vé, es lo siguiente:

Arriba, muy arriba:

Al palacio de cristal.—Vestidos para hombres.

Mas abajo:

Palacio de cristal.

Mas abajo:

Vestidos para hombres.

Mas abajo:

Precio fijo.

Mas abajo:

Al palacio de cristal.

Mas abajo, sobre cristales:

Precio fijo.

Mas abajo:

Vestidos para hombres.

Esto se ve estando situado el espectador en lo interior de la Plaza de la Bolsa.

Ahora situémonos en la calle Vivienne, y descubriremos; arriba

Precio fijo.

Mas abajo:

Al Palacio de cristal.

Mas abajo:

Vestidos para hombres.

Mas abajo:

Especialidad en trages de niños.

Sobre la puerta.

Al Palacio de cristal.

Mas abajo:

Precio fijo.

Mas hácia la derecha:

Trages hechos y á la medida.

En otra puerta:

Al Palacio de cristal.

En los cristales:

Precio fijo.

Mas hácia la derecha.

Trages hechos y á la medida.

Por la otra calle:

Precio fijo.

Mas abajo:

Al palacio de cristal.

Mas abajo:

Vestidos para hombres, niños y libreas.

En los cristales:

Trages de casa y de librea.

En un recodo que hace la calle:

Al palacio de cristal.

Mas arriba:

Al palacio de cristal.—Vestidos para hombres y niños.

Mas abajo en un cuadro de hoja de lata ó de metal dorado: *Vestidos para hombres y trages para niños.* (Este aviso está en francés, inglés y alemán.)

Sobre otra puerta:

Al palacio de cristal.—Ropas de casa.

A la izquierda de la misma puerta:

Precio corriente de las libreas; y mencionan 18 objetos de trage, por valor de 739 francos.

A la derecha, sobre cristales:

Entrada de los obreros.

Mas á la derecha, sobre una muestra:

Entrada de los obreros.

Después de tomada esta nota, veo una enseña en el extremo del primer balcon que dá á la calle de las Hijas de Santo Tomás la cual decía:

Vestidos para mugeres y niños.

A su lado, casi en medio de dicho balcon, se ve tambien una gran placa, dorada al rededor y bronceada en el fondo, donde tiene las armas francesas ó un trofeo semejante. En la placa se divisa este rótulo en elegantes letras circulares: *Comision imperial—1855.*

Si tanto palacio, y tanto cristal, y tanto hombre, y tanto niño, y tanto trage pudiera tener realidad animada, discurre el lector si podrá formarse todo un pueblo de trages, de niños, de hombres, de cristales y de palacios.

¿Cuánto habrá gastado esa casa en los anuncios? Digo lo que antes dije de la *Ville de Paris*: es seguro que ha consumido un capital de alguna cuantía.

Hemos comido en un famoso restaurant de la calle de Richelieu, porque es necesario ver estas celebridades (ver significa pagar) y nos volvimos á nuestro hotel á las once dadas de la noche.

Mañana correremos los bulevares de Montmartre, de los Italianos, de los Capuchinos, de la Magdalena; bajaremos por la calle Real, siguiendo despues la calle de Rivoli, hasta el *Hotel de Ville*, y dando un vistazo a las Tullerías, plaza de la Concordia, Campos Eliseos y Arco de la Estrella, monumento suntuoso, que no cuesta á Paris menos de 39 ó 40 millones de reales.

Termino este dia manifestando un incidente que tiene angustia á mi muger, y que, en verdad sea dicho, á mí no me tiene de buen humor. Desde que he llegado á Paris, no cómo; no porque no tenga ganas de comer, sino porque estas salsas me repugnan.

ROQUE BARCIA.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA DEL PENSIL.

Oviedo.—Don F. A. G. Recibida su apreciable del 3 con la libranza de 30 rs. Se sirve la suscripcion desde Abril, pues de otro modo recibirán incompleta la obra que se regala a los suscritores. Esperamos se servirá V. renovar las tres suscripciones hechas por el mes de Mayo y que se sirven desde Abril.

Villafraanca.—Sr. D. E. H. Recibida su apreciable del 20 del pasado. Se le agradece su buen deseo, y esperamos que hara las suscripciones que ofrece.

Villamartin.—D. J. P. U. V. Recibida su apreciable con los sellos para la suscripcion de D. J. L. P. Se les mandaran los números y pliegos que reclaman. Fraternalmente afectos al amigo J. M. H.

Badajoz.—Sr. D. J. G. Recibida su apreciable del 8. Se le remitirá en adelante el núm. a D. B. C. y á V. tambien.

Luarca.—Sr. D. J. M. V. Recibida su apreciable del 2 con los 19 rs. por su semestre, que concluye en Setiembre.

Alpera.—D. J. J. N. Recibida la suya del 27 del pasado. Se le remitirá lo que reclama y la renovacion de su trimestre puede remitirla directamente en sellos de franqueo.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, en la Redaccion del «Pensil de Iberia, calle del Sacramento, núm. 33, en el Despacho del «Guia del Comercio,» calle Ancha núm. 4 y en la libreria de Fábregas hermanos, calle de la Verónica.—Alicante, D. José Marcell, calle del Mar.—Almería, D. Diego Mayoral.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijóo.—Algeciras, D. Vicente Garcia, D. Rafael de Muro.—Almadén, D. Francisco Ponce, D. Julian de la Puerta.—Alcañiz, D. Felipe Ibañez.—Antequera, D. Diego Galban.

EDITOR RESPONSABLE,

D. PEDRO LUIS CARNIAGO.

Cádiz: 1859.—Imprenta del *Guia del Comercio*, á cargo de D. Virginio Ramos, calle del Sacramento, núm. 86.